

La ciudad de lo verdadero

O DE LA ACADEMIA DE PLATON CONFORME DEBERIA RENACER SEGUN EL ESPIRITU DE NUESTRO TIEMPO.

Por WALTER-ROBERT CORTI

Después del asesinato legal de Sócrates, en el año 399 antes de Jesucristo, Platón se mantuvo alejado de Atenas yendo primero a Mégara y después a la Gran Grecia —Italia Meridional y Sicilia—, mientras que el viaje a Egipto parece ser solamente una leyenda. Lo que le atraía en la Gran Grecia, era la existencia de comunidades pitagóricas, asociaciones místicas y religiosas que se esforzaban en dar una base filosófica a la vida moral y cívica. Particularmente abierto a estas tendencias, Platón llegó a intentar persuadir al tirano Dionisio de Siracusa a gobernar el Estado conforme a los principios de la filosofía. El trágico fracaso de esta tentativa ha quedado como un símbolo más del fracaso prometido a los idealistas en el momento en que pretenden sustituir las leyes de su espíritu por las de la dura y refractaria realidad. Importunado por la obstinación de este moralista ateniense, Dionisio no tardó mucho en desembarazarse de él dejándolo caer en manos de los Espartanos: prisionero de guerra, Platón conoció la esclavitud, de la que no fue liberado hasta más tarde por Annikeris, quien lo rescató en el mercado de esclavos de Egina.

Platón tenía entonces cuarenta años. Los contratiempos que le había reservado la política no habían logrado quebrantar su voluntad de actuar sobre la vida de la ciudad pero, curado de sus primeras ilusiones, resolvió contentarse con lo factible. En la inmediata proximidad de Atenas, apenas a media hora de la puerta Dipilas, en la misma tierra donde se desarrolló la tragedia de Edipo, entre la colina de Colono y el valle de Césifo, allá donde se extendía el bosque sagrado de un semidiós, el heroico Academo, Platón adquirió un jardín

donde fundó la escuela para siempre famosa, que ha dado su nombre a todas las academias del mundo.

Platón mismo dirigió la Academia hasta el año 347, fecha de su muerte. Su más genial alumno, Aristóteles, fundó a su vez su propia escuela, la Peripatética, que debía servir de modelo al Museo de Alejandría, la más grande de las instituciones consagradas a la organización del trabajo científico durante el período helenístico. Pero no por esto la Academia de Platón dejó de funcionar durante más de ocho siglos. Fue preciso el advenimiento de la doctrina cristiana y la guerra declarada por la nueva fe a todo el mundo antiguo, para que el crepúsculo del paganismo la envolviera en su sombra. En el año 529 de nuestra era, Justiniano dispersó la Academia, considerada como un refugio de la idolatría. Por una extraña y no menos significativa coincidencia, en este mismo año 529 San Benito funda en el Monte-Casino el primer convento cristiano instituyendo la regla. Los discípulos de Cristo habían triunfado sobre los de Sócrates. Pero la lucha entre las luces de la razón y las oscuras claridades de la fe, debían continuar en el curso de los siglos. La Academia, hija de la Antigüedad, no dejó de estar siempre presente en el recuerdo inconsciente o semiconsciente de los hombres. Ya Plotino soñó en fundar en el campo romano una ciudad de filósofos a la que quería llamar Platonópolis. En la corte de Carlomagno, Alcuino y los sabios que lo rodeaban se dieron el nombre de Academia. Durante el Renacimiento, la lucha contra la hegemonía del aristotelismo hizo nacer los proyectos de fundación de escuelas concebidas según el espíritu de Platón, y es en función de estas aspiraciones que conviene comprender la visión, en Rabelais, de la abadía de Thélème. Después, los siglos XVII y XVIII trajeron consigo la fundación de academias en el sentido de sociedades sabias y cuya concepción más lograda fue la elaborada hacia el año 1700 por Leibnitz. Dos siglos más tarde, el año 1901 marcó la fecha de la fundación de la primera unión de todas las academias del mundo. Pero en ningún lugar del universo se reedificó una academia llamada a ser el lugar de elección para la investigación de lo verdadero y concebida como una república de sabios.

Ahora bien, a fines del mes de febrero de este año, un grupo de investigadores y técnicos se ha constituido en Zurich, decidiendo tomar el nombre de *Centro de estudios para una Academia*. Como la frase lo expresa, la intención de esta agrupación es de dedicarse a

edificar, con el espíritu de nuestro tiempo y según los medios específicos de la edad moderna, una Academia llamada a ser una vasta ciudad de lo verdadero. Que estos hombres tienen conciencia del reconocimiento de que son deudores al ejemplo insigne de la fundación debida a Platón y de ser, en este sentido, un poco sus sucesores y sus herederos, no hay duda, aunque ninguno de ellos se considere platónico. La inconmensurable importancia de la Academia ateniese, desde el punto de vista de la organización del trabajo científico y de la alta enseñanza de la antigüedad, no puede ponerse en duda. De la misma manera que no puede negarse que esta Academia de Atenas ha sido uno de los más potentes fermentos que han contribuido al nacimiento y al desarrollo de las instituciones universitarias de nuestro occidente, y esto hasta nuestros días, y que ni su acción dejará de hacerse sentir en el futuro. Igualmente, a despecho de todas las diferencias de épocas, ha parecido que la equidad más elemental imponía adoptar de nuevo el nombre de Academia para este objetivo, tratando de dar a todas las ramas del saber humano un lugar de unión y un hogar donde realizar mejor su común integración ética y su síntesis filosófica.

La Academia no debe ser una universidad, no se ha concebido en absoluto para formar estudiantes ni para dar una enseñanza profesional cualquiera. En el espíritu de los que quieren contribuir a su advenimiento, no se tiene el propósito de incluir institutos dedicados a estudios especiales en el dominio de las ciencias de la naturaleza, o sea, por ejemplo, un Instituto para el estudio del cáncer o de la física del átomo, para la geología o la entomología aplicada. La Academia debe ser eminente, esencial y exclusivamente lo que se pudiera llamar un órgano de la reflexión filosófica, de la integración de todas las ciencias particulares y de los problemas éticos puestos por el sólo hecho de su existencia. Dicho de otra forma, la Academia es el lugar donde los especialistas obrarán en vista a lo general. Porque la Academia se propone la tarea de hacer el balance de la medida en que el hombre se ha servido hasta hoy de su espíritu para comprender al mundo y para comprenderse a sí mismo en el universo donde le es dado vivir. La Academia hará el inventario de los auténticos progresos e investigará las causas de las regresiones. Analizará la marcha de la historia, la fisiología y la patología de las sociedades humanas y todo el panteón o pandemonium de las respuestas da-

das por los hijos de Adán a la cuestión de saber si la vida y el mundo tienen un sentido y cuál. En la Ciudad de lo Verdadero, cada ciencia tendrá su instituto particular, el cual reunirá, examinará y sistematizará los resultados y hará de ellos la comparación crítica con todos los demás institutos científicos. Pero se han proyectado también, una serie de institutos no especializados, institutos generales, en suma, por ejemplo para el estudio del sufrimiento, de los errores o para la determinación de la importancia y de la urgencia de los problemas, así como un instituto de la infancia, otro para el estudio del problema de la paz y otro además, para la vulgarización de la ciencia. Pero el corazón de la Academia será una especie de Cámara de los Comunes filosófica, ocupada en ensayar todos los problemas de la existencia humana en la piedra de toque de los valores éticos que cada uno de ellos y todos en conjunto ponen en cuestión. Todos, en la medida en que somos, vivimos en un universo donde la ciencia se ha transformado en una segunda naturaleza. Hoy día, la ciencia influye en la vida de cada cual; tanto en bien como en mal repercute, lo sepamos o no, sobre nuestra vida religiosa, cultural y política, y sin embargo esta dueña omnipresente sigue siendo extrañadamente incomprendible. Es de incógnito que reina sobre las masas, de donde la necesidad de arrancarla de su anonimato, de identificar su verdadera fisonomía, de obligarle a asumir abiertamente todas sus responsabilidades. La hecatombe de la segunda guerra mundial se cifra ella sola en cuarenta millones de muertos, treinta entre los civiles y diez entre los soldados.

Es evidente que en esta orgía destructiva los medios suministrados por la ciencia han desempeñado un papel de primer orden. Y de la misma forma que no se puede pretender que la *ciencia*, como ciencia, ha querido esta guerra, tampoco puede negarse que no la ha impedido. Crimen por omisión, pero crimen. Mas querer acusar a la ciencia significaría, hoy día, incluir a los sabios en la misma acusación. La ciencia, en la hora actual, no tiene domicilio adonde pueda irse a pedirle que rinda cuentas, a intimarla a decir si como ciencia, se siente responsable de los acontecimientos o si, al contrario, le es indiferente que los hombres sean matados, las riquezas destruidas y que nuestra desgraciada existencia no sea más que el juguete de una apocalipsis insensata. Ahora bien, es aquí precisamente donde la Academia podrá desempeñar su papel. Pues tendrá por función esencial

hacer nacer en la ciencia la conciencia de sus responsabilidades. Y por cierto, esta adquisición de conciencia, no podrá suscitarse únicamente por los medios de la misma ciencia, pero por lo menos tendrá la voluntad de vigilar para que una intención tan alta no quede en simple intención, sino que se traduzca en hechos.

¿Por qué el hombre se vuelve asesino? ¿Por qué se deja tan universalmente guiar por el odio y tan poco por el amor? ¿Cómo es posible que los pueblos vengan a gastar sumas monstruosas para fabricar armas que no les sirven más que para aniquilarse mutuamente? ¿Es solamente el miedo lo que les domina, o bien se trata de quién sabe qué libido, de quién sabe qué instinto que los lleva a buscar en la victoria esperada las satisfacciones de su *potencia* y de su *honor*? ¿Pero este hecho, en el caso de que lo sea, a qué corresponde? ¿Qué significa tal comportamiento, tanto desde el punto de vista psicológico como genético? ¿Si la ciencia ha podido triunfar en tantas enfermedades microbianas, por qué no se esfuerza en combatir éstos otros azotes como son el odio entre los pueblos y el odio en el corazón de los hombres? ¿Es pues necesario que siempre hayan guerras, a falta de medios contra la guerra? ¿Las causas de las guerras son objeto de estudios dirigidos con la misma constancia y precisión que vemos dedicar a escrutar la estructura interna del átomo? ¿Dónde pues han sido construídos los institutos de investigación afectados a este orden de estudios? ¿Por qué no se le consagra millones y billones? ¿Cómo se explica que no oigamos hablar, día tras día, de sus trabajos, que no se haya extendido ningún informe Kinsey sobre la agresividad, ni publicado por todas partes análisis cuyo objeto fuese los equivalentes morales de la guerra? Sí, ¿cómo se explica que nada, hasta aquí nos haya permitido seguir los progresos y los resultados de una ciencia así concebida?

Es a este conjunto de problemas que la Academia habrá de enfrentarse. Con los medios de que dispone la ciencia, reunirá todos los elementos de este orden de cuestiones.

Se ha propuesto que sea en Suiza donde se construya esta Ciudad de lo Verdadero, pero con el concurso intelectual, moral y material, de los sabios y letrados del mundo entero. La forma actual de este gran proyecto, no es tabú: está llamada a modificarse, a profundizarse, a enriquecerse en el fuego de la discusión y de las críticas constructivas. Lo esencial, actualmente, es comenzar, ponerse a la obra, en

pequeño, aunque no sea más que para poder aprovechar de las lecciones de la experiencia a medida que el niño común crezca y evitar así que las falsas ventanas de la retórica, sustituyan las riquezas de una evolución orgánica y natural. Pedimos a todos los sabios y estudiantes del mundo entero que nos presten su ayuda, con el fin de que pueda ser reconstruído el primer instituto de la Academia, el primer edificio de la Ciudad de lo Verdadero. Esperamos que la solidaridad internacional hará posible la realización de este primer edificio, y no dudamos que la Ciudad Universitaria aportará su concurso ardiente y eficaz en la creación de la Ciudad de lo Verdadero.

